



José Luis Álvarez

El estancamiento electoral del catalanismo

Las campañas electorales y las elecciones son espectáculos atractivos: competiciones largas, agotadoras, pensadas tanto para la diversión del espectador como para la decisión política. Mientras en el resto de las circunscripciones españolas las generales fueron un aburrido trámite, ya que se sabía quién iba a ganar y, más o menos, por cuánto, en Catalunya la carrera fue más emocionante: tres corredores se disputaban, apretados, los puestos del podio. Todo espectacular, intenso, mediático, y CiU exultante al final. Pero ¿fueron relevantes los resultados? Le propongo al lector la siguiente hipótesis: las elecciones han confirmado una prolongada tendencia, la del estancamiento electoral del catalanismo.

Hubo un momento interesante en la celebración de CiU, el 20-N mismo, cuando el president Mas dijo aquello de "tres de tres": tres victorias consecutivas, en las catalanas, municipales y generales, competiciones de naturaleza bien diferente, algo que siempre se había resistido a CiU. El president celebraba una tendencia, más allá de unas elecciones puntuales, siempre complicadas de interpretar, como nos recordaba Salvador Cardús hace pocos días.

Hagamos como Mas. Tengamos perspectiva histórica. Pero incluso mucho más allá de las tres últimas elecciones. Analicemos la evolución del voto catalanista desde 1999 e intentemos ver la tendencia.

El lector puede hacer él mismo el ejercicio, fácilmente con la ayuda de internet (si está perezoso, en mi página web encontrará los números). Sume para todas las convocatorias electorales desde 1999 los votos de



JORDI BARBA

los dos partidos relevantes para los que el catalanismo es su objetivo primario -CiU y ERC-. Después calcule el porcentaje de esos votos sobre el censo electoral. También sobre la población de Catalunya, que desde esa fecha pasó de los míticos seis millones al número menos mnemotécnico de siete millones y medio (que ese millón y medio de diferencia no son sujetos de derechos políticos completos, no los hace políticamente irrelevantes). Proyecte, cronológi-

camente, las dos líneas resultantes hasta el 20-N.

¿Qué ve el lector? Dos líneas, tendencias, con algunas subidas y bajadas, pero bastante horizontales, nunca por encima del 30%. Haga el lector todas las hipótesis que quiera y sólo hay una conclusión: el voto catalanista está básicamente estancado. Hay una ligera alza al final, en las tres elecciones de las que Mas se siente, lógicamente, orgulloso, pero ni siquiera este repunte relativo, tampoco tan acusado, es el pico más alto. Los mejores años del nacionalismo catalán son los de la segunda legislatura de Aznar, ese gran benefactor del catalanismo.

El catalanismo tiene el reto de evaluar objetivamente la voluntad política realmente existente para pasar a una nueva fase, la del derecho a decidir. La medida de esa voluntad es incluso más difícil de objetivar que el significado concreto de unas elecciones, como antes de la campaña advertía Jordi Barbeta. Esa voluntad no la dan los barómetros de opinión. Responder a encuestas sobre el encaje Catalunya-España es demasiado fácil, inconsecuente, y reflejan más un humor que una decisión política. Por eso las encuestas salen más catalanistas que las elecciones. Las votaciones son más fiables, pero tampoco garantizan un grado alto de compromiso nacionalista, la decisión de sostener la fricción en un conflicto, si fuese necesario.

Los datos, cuando se utiliza lo que los historiadores llaman una perspectiva *longue durée*, apuntan a que Catalunya sigue estancada, dividida, entre, por un lado, un nacionalismo cada vez más ambicioso pero que no crece de manera significativa, ni en referencia a los electores ni en referencia a la demografía del país y, por otro lado, aquellos que no son nacionalistas catalanes o,

más probable, no creen que el derecho a decidir sea, en un mundo globalizado, un tema importante. Seguramente nos hallamos ante un empate inacabable.

Adenda: El 20-N, hacia las 18.30, en Génova 13, los técnicos instalaban el sonido en el famoso balcón de la sede del PP. Para comprobarlo, cantaban, rítmica y repetidamente, atronando a través de los altavoces toda la calle, de Colón a Alonso Martínez: "¡Madrid! ¡Campeón!" (Para el lector suspi-

Los mejores años del nacionalismo catalán son los de la segunda legislatura de José María Aznar

caz: el que suscribe no estaba allí celebrando o dejando de celebrar nada, estaba siendo entrevistado por la BBC).

Se nos acercan tiempos terribles a los cuales: el futuro presidente es del Madrid, el probable líder de la oposición es del Madrid, el alcalde de la capital -ese tan generoso con el club en solares- será ministro y en unos años presidente.

En la Biblia, en el Libro de Daniel, una mano sin cuerpo, misteriosa, escribe en una pared "Mene, Mene, Tekel u-Pharsin": anuncia la caída del imperio babilónico. También está escrito el fin de ciclo del Barça y el triunfo de Mourinho, el gran demagogo y revolucionario, el único que, gracias a su dominio de la escena, de la comunicación, a su descaro, a saber gritar "¡trampa!" cuando pierde, ha sometido con el apoyo popular del buen pueblo de Madrid, a las prepotentes fortunas, españolas y españolistas, del palco madridista, les ha impuesto su ley, su interpretación de la realidad. Nadie como él para romper tendencias, romper estancamientos. Mourinho debería ser fichado por el catalanismo soberanista.●